



## El mensaje natural

Comunicación Ambiental

—Y muestra que dentro del laberinto puedes llegar con mucho esfuerzo a la solución pero haciendo infinitas pruebas y estudiando numerosos caminos, cuando la solución siempre estuvo ahí y fue elevarse sobre él y con una visión de conjunto analizar el camino sin error. Observa sí, pero sin entretenerte en el detalle, con perspectiva, viendo el principio y el fin, viendo el sentido. En qué punto del camino te encuentras, lo que ya has recorrido y qué rumbo tomarás. La mente ordinaria mira hacia abajo como la rata. Si miras desde arriba dejas de ver la verdad a medias, la que te conviene, y ves que todos los fenómenos son parte de un todo, que todo es útil, no hay nada bueno ni malo en realidad porque todo tiene un sentido. La inteligencia es el medio, pero no es la conciencia que es el fin. Esa, hay que trabajarla uniendo razón y corazón.

—En resumen, hay que saber dejar de pensar.

—Di mejor decidir tú lo que deseas pensar, luchar contra el pensamiento compulsivo pasado y futuro y así vives situaciones que deben ser afrontadas pero no problemas que es lo que adora tu mente roedora, para darle vueltas y vueltas, distraído de tus sensaciones y de la belleza que te rodea.

—Si el estudio distrae tanto, ¡creo que voy a dejar de estudiar!  
—dijo Uriel alegre metiendo la llave en el paño de la puerta tras él.

—¿Sí? ¿Esa conclusión sacas de todo lo dicho?

—Era broma —dijo entreabriendo la puerta y mirando dentro a través del hueco.

Un ladrido poderoso se oyó. Uriel cerró un poco más la puerta y gritó:

—Tranquilo Kosmo soy yo, tranquilo.

El ladrido se hizo más alegre, no tan amenazador. Entonces Uriel abrió más la puerta y como una flecha, un enorme pastor alemán se abalanzó sobre él, elevándose sobre las patas traseras y empujándolo. Ahora saltando y tratando de llegar con la lengua a su cara, ahora dando vueltas sobre sí mismo, moviendo el rabo en círculos nerviosos o saltando con las cuatro patas y emitiendo un ladrido nervioso y mal articulado, algo así como “wuf”. Todo con la más inconmensurable alegría, imagen viva del entusiasmo pero a la vez con un exceso de brutalidad, con movimientos vastos, con poco control sobre su propia fuerza. Uriel no sabía si jugar o protegerse de él.

—¡Qué hermoso ejemplar! ¿Vive contigo? —dijo Cristóbal emocionado.

El perro se le acercó nervioso y lo olió un segundo. Movi6 la cola para 6l.

—¡Qué bien le has caído! No suele ser tan amable con los desconocidos. Vive conmigo, sí, pero es el perro de mi padre.

—Es francamente magnífico ¡con esa cabeza enorme y esa corpulencia!

—Sí lo es, tiene pedigrí—dijo con desprecio—. Sus padres ganaron no se qué concurso de perros.

—¿Porqué lo dices empleando ese tono?

—Opino que no era necesario gastarse tanto dinero para tener un perro. Mi padre todo lo hace igual: la apariencia, lo exclusivo le van mucho. ¿Entramos?

Entró primero y veloz Kosmo, seguido de Uriel que sujetó la puerta a su invitado. Mientras, el perro no se quedaba quieto circulando alrededor de 6l con movimientos constantes de su rabo.

—¿Adivinas el mensaje que te trae tu perro? ¡Es diáfano como la luz del día!

—¿El sometimiento? —dijo sin abandonar el tono despreciativo.

—La lealtad.

—No estoy de acuerdo —dijo cerrando la puerta.

—Míralo; te venera, te admira, te adora —dijo recalcando esto último—. Te es fiel, te es totalmente leal.

—Este perro teme a mi padre, está sometido a 6l por miedo —aseguró con retintín.

—No, Uriel, no, no. Os trata constantemente con el cariño y la dulzura del mejor amigo. Os sirve voluntariamente. Siente auténtica devoción tanto por ti como por tu padre a pesar del trato que pueda recibir de cualquiera de los dos.

Uriel miraba fijamente al animal que como entendiendo que hablaban de 6l, se detuvo, se sentó y lo observó jadeante.

—Entonces, y perdona que diga esto —dijo volviéndose hacia Cristóbal—, es que es completamente estúpido porque mi padre dis-

fruta vejándolo y humillándolo, llegando casi al maltrato físico. Y yo solo veo en su mirada vencida el dolor y el miedo.

—Quieres ver tu dolor y tu miedo en su mirada. Él, y de esto estoy seguro, siempre mueve la cola y trata de colocar su cabeza bajo su mano.

—Siento lástima por él cada vez que lo domina así.

—Este perro no es estúpido ni es servil por miedo sino que posee una profunda y compasiva comprensión de los defectos humanos. Su corazón está empapado de una absoluta tolerancia y solo pide ser útil. Este perro sabe del nivel evolutivo de tu padre y con total paciencia y fidelidad espera el momento de su despertar, y mientras no desea más que su bien. Y por eso es servicial, no servil y permite que satisfaga con él su ansia de control con el enojo que no es más que inmadurez, mientras busca en el interior de tu padre al auténtico humano que llegará a ser. Jamás os traicionará. No sientas lástima, su sacrificio es su mensaje: la lealtad.

Uriel miraba al animal con otra cara.

—Ven aquí —le dijo.

El perro se irguió y avanzó como husmeando el suelo, muy despacio, con un cuidado exquisito. Se colocó a su lado relamiéndose y se sentó colocando la cabeza bajo la palma de su mano con las orejas gachas y moviendo discretamente el rabo. Uriel le acarició la cabeza.

—¡Qué buen perro eres! —exclamó sonriente.

Lo cual provocó una explosión en su comportamiento y volvió a los saltos y los rodeos con el rabo juguetón. Esta vez, Uriel saltaba con él.

—¡Mi viejo compañero! ¡Tienes una lección para mí! ¿Eh? —le decía—. Quieto, ¡Shhh!, quieto ahí.

Cuando Kosmo se calmó, y siempre con la cabeza bajo la mano de Uriel, Cristóbal continuó:

—El ser humano todavía busca el momento en que se domesticó al primer perro y no lo encontrará porque no ocurrió así. Jamás se domesticó a un perro. Es algo que está en su esencia. Hoy en día todavía hay razas en los hielos que sirven en verano a las tribus de hombres, cazando, arrastrando el trineo, y los seis meses de invier-

no vagan en libertad, salvajes, hasta que un nuevo verano los lleva de nuevo a los núcleos humanos para ser útiles. No es servilismo o domesticación, es la innata lealtad, es el servicio voluntario al humano lo que los mueve. Fíjate en el resto de los animales domésticos, ninguno tiene tanta intimidad contigo como el perro. No solo te sirve, también comparte tu casa como un amigo. No está domesticado, hay un vínculo.

Kosmo, inmóvil y digno como una esfinge lo miraba con su mirada limpia, inteligente y dispuesta para él.

—Este perro vive por y para la mirada y los gestos de su amo, que también eres tú. Esta calado por tus emociones, se ha hecho uno contigo. ¿No lo ves?

—¿Por eso a veces parece que lo comprende todo como si leyera el pensamiento? ¿Por eso sabe que lo sacarás a pasear antes de que te dirijas a buscar la correa?

—No es exactamente el pensamiento lo que lee, son tus emociones aunque trates de ocultarlas, las percibe y las hace tuyas. Empatiza completamente contigo. Se adapta a lo que de él deseas. ¿Qué puede querer un humano de él? En los tiempos pretéritos que cazara o que cuidara rebaños, hoy quizás defensa, rastreo o lo que más se le pide, compañía. Aunque da más que simple compañía, da amor incondicional y verdadero. Porque ve lo que tu razón te impide ver de ti mismo: tu bondad oculta, tu unicidad como ser pensante, tu auténtica importancia en el universo. De este grupo de tres —dijo dibujando un círculo con la mano—, el único que no te ama incondicionalmente eres tú, a ti mismo. Los demás vemos la verdad dentro de ti. Los demás te somos leales. Esa es la otra lección del perro. No puedes ser leal honestamente a nadie, si antes no eres leal contigo mismo.

—¿Qué es eso de ser leal conmigo mismo? No lo entiendo, de verdad.

—¿A qué das más importancia, a tus opiniones sobre ti mismo o a lo que los demás opinan de ti? Si la respuesta es a lo que los demás opinan de ti, actúas supeditado a la voluntad de otros, te traicionas, no actúas según tu criterio sino sobre el criterio ajeno. Si la respuesta es a lo que tú opinas de ti, eres libre del qué pensarán y actúas según tu voluntad a pesar del resultado, asumiendo que puedes equivocarte y corrigiendo si eso pasa. Pero te eres fiel a ti mismo y nada ni nadie te amargan. Te respetas, te amas en definitiva.

Aprende a serte fiel como tu perro te es fiel, aprende a ser tu mejor amigo y llegará la compasión con tus propias zonas débiles. Que es el requisito previo y necesario para ser fiel a los que te rodean y más tarde a toda la humanidad.

Uriel palpaba la cabeza del animal con amor mientras lo observaba con otros ojos. Ojos húmedos de comprensión y cariño por él. La mirada del perro era la viva imagen de la felicidad extrema.

—Tú mismo sólo percibes de ti tus pocas faltas diarias en vez de prestar atención a tus actos de amor a lo largo del día, que son muchos. Porque también perdonas, comprendes, toleras, solucionas, creas, también te mueven valores nobles; pero eso lo obvias, lo das como normal. Eso pasa así porque el amor es humilde, no llama la atención porque la da. Pero los actos que generan dolor son opulentos, ostentosos, ruidosos, absorben tu atención porque llaman al miedo, tanto si eres la víctima como el agresor. Lo bueno, lo bello es superior en número en ti que los errores que cometes que generan lo malo. Lo mismo pasa a tu alrededor, si te fijas, el bien es mayoría. Solo te falta buscarlo conscientemente en el ahora.

Hubo un silencio. Al final Uriel reconoció:

—Tienes razón.

—Es un animal precioso. No puedo dejar de mirar esa cabeza tan poderosa y hermosa. Los perros concentran su vida en su cabeza. La cabeza es donde ocurre el pensar, es lado masculino.

—¿Cómo que concentra su vida en su cabeza?

—La boca del perro tiene una importancia vital en su vida. Ataca con ella, no con sus garras, no con su cuerpo que es vasto y poco ágil. El cuerpo lo usa para la velocidad. Los dientes de un perro son todo un símbolo. Por eso los muestra al amenazar. La boca además, posee una potencia muscular asombrosa. Un perro de presa que agarra y no suelta, llega a matar con su bocado poderoso. Hasta la ventilación del calor corporal la realiza por la boca al jadear. Además, su tan desarrollado olfato también se localiza en la cabeza. Y el oído fino que detecta frecuencias sonoras inaudibles para nosotros. Al atender, fíjate cómo levanta la cabeza y el cuerpo la sigue. Atiende al exterior, centrado en el amo. Su cuerpo brusco, anguloso y tosco, poco coqueto, con coloridos simples y escasos que es definible tan solo como fuerte y bravo, se podría decir que es masculino, centrado en su cabeza. El cuerpo de un guerrero, trabajador e incansable. Pero

su carácter sacrificado, manso, fiel, leal, dócil, alegre y amable, es más pasivo, es femenino, por su valentía interior, por su capacidad de entrega. Hay un alma femenina y sensitiva, un centro noble dentro de un cuerpo masculino. Como tú Uriel, hipersensible e intuitivo pero nacido en un cuerpo de hombre. Sois almas gemelas.

Uriel conmovido y violento, cambió de tema.

—No te he traído para que conozcas a mi perro.

—¿Ah, no?

—Lo que quería enseñarte es mi caballo.

—¿Tienes un caballo? ¡Fantástico!

—Sí. Allí, en el establo. Ven.

Uriel señalaba un portón de madera con la hoja superior abierta que dejaba entrever los aperos de equitación. Se dirigió hacia ella y abrió la mitad inferior. Entraron a un cuarto diminuto con un único box donde un enorme y atento caballo los miraba de lado. Al reconocer a Uriel, se aproximó mansamente a él y olió su mano.

—¡Alabo vuestro gusto en animales! —exclamó Cristóbal entusiasmado—. Este ejemplar también es magnífico. Tiene un curioso color entre alazán y alazán tostado precioso.

—A él sí lo considero realmente mi mejor amigo. Con él iría al fin del mundo. Cuando lo monto siento que somos uno.

—Te comprendo. El placer de montar donde caballo y jinete son dos almas en una. Da sensación de libertad, da sensación de poder. Semejante animal, enorme y fuerte, cede voluntariamente su lomo y te regala su poder para ti.

—¡Sí! ¡No podrías haberlo descrito mejor! ¿Y cuál es su mensaje? Tengo mucha curiosidad.

—Pues ya te lo he dicho. El poder. Hoy en día la potencia de un motor aún se mide en caballos. El caballo dio poder al humano. Lo hizo veloz, libre, ligero. Antes era lento, atado a tierra, arrastrando cargas enormes, sin posibilidad de explorar largas distancias. Le dio levedad y elevación sobre la tierra. A estas alturas, y de forma simbólica, ya puedes contestar tú solo qué es lo que da a un humano su levedad.

Uriel carraspeó.

—Sí, sí. Creo que lo sé. La mente ¿no? Que eleva al humano por encima del animal que está más atado a lo que su cuerpo le manda.

—¡Muy bien, Uriel! El de antes, el humano sin caballo, lento, pesado, es el humano dormido que arrastra la pesada carga de miedos, juicios, bloqueos y creencias que enlentecen y atascan. Pero a partir del caballo, el humano tuvo la posibilidad de ser libre, y ¿qué libera a un humano de su pesada carga de miedos?

—¡La conciencia!—contestó Uriel comprendiendo al mismo tiempo.

—La conciencia es el jinete que lleva las riendas del animal que es la mente y te hace libre y veloz para llegar a tu destino. Ese es tu poder como humano que eres y el caballo te lo muestra.

—¡Guau! —exclamó Uriel mirando al caballo admirado—. ¿Y por qué el caballo es la mente?

—Aparte de por lo que acabo de explicar, que te eleva sobre la tierra...

—Ah, sí, perdona.

—Porque de los tres tipos de équidos él es el más evolucionado.

—Explicame eso.

—Los équidos manifiestan los tres aspectos del alma humana, a saber: la voluntad, la sensibilidad y la razón. El asno, el menos evolucionado, terco, fuerte, trabajador, es pura voluntad. Es el querer. La cebra, un poco más evolucionada, muestra en su cuerpo lo sensible porque su pelaje dual, blanco y negro, habla de esa parte del alma que al sentir discrimina entre bueno y malo, las emociones entreveradas y semiinconscientes. Es el sentir. Es también fuerte, asume la voluntad en su ser y avanza un paso más con la sensibilidad, pero no llega al grado de hermosura y perfección del caballo que es un paso más elevado; el alma racional. Asume la voluntad del burro, la hipersensibilidad de la cebra y va más allá mostrando el cuerpo más elevado, de grácil movimiento, el vehículo de la conciencia: el alma racional, que es el pensar. Pero un caballo sin una conciencia que lo guíe no está completo. Tú completas a tu caballo. Él lo sabe y desea ser completado por ti.

—¡Voy a sacarlo fuera! —dijo Uriel emocionado.

El perro que había quedado en segundo plano, se puso nervioso



y empezó a dar vueltas alrededor de todos, agitando su cola. Uriel cogió una brida de cuerda sin bocado y le añadió un roncal. Abrió la puerta del box y se la colocó al enorme animal mientras lo acariciaba y le susurraba palabras amables. Lo sacó al patio. Tras él salieron Cristóbal y Kosmo, el cual, a pesar del nerviosismo, sabía que no debía molestar y permaneció apartado la mayor parte del tiempo. Uriel se colocó en el centro del patio y dijo un escueto: «Al paso». El caballo comenzó a caminar en círculos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Cristóbal mientras lo observaba extasiado.

—Se llama Nadir.

—¿Nadir? ¡Qué adecuado!—dijo riendo—. ¿Se lo pusiste tú?

—No. Lo bautizó el que me lo vendió. ¿Qué significa?

—Es un punto astronómico. Es el punto de la bóveda celeste en las antípodas o bajo los pies de un observador. Es el punto opuesto al cenit. Cenit se usa para definir algo en su máximo esplendor o apogeo, y así nadir por extensión es el punto más bajo que se puede alcanzar, es el momento de mayor adversidad. En árabe significa “opuesto”. Lo opuesto al cenit.

Uriel se tocó la herida de la frente. Hubo un silencio. El caballo seguía su marcha rítmica.

—Tu Nadir te está pidiendo que tomes las riendas de tu vida. Tú eliges, estar atado a tierra donde tu mente, sin brida, sin rumbo, vaga desbocada, o montar y tomar las riendas, apagar el piloto automático y guiar conscientemente.

—Tomar las riendas de mi mente, de mi cuerpo y de mi vida.

—Tomar las riendas de lo que quieres, lo que sientes y lo que piensas.

Uriel se quedó mirando fijamente a Cristóbal. Este le devolvió la mirada con todo el amor de que fue capaz.

—Continúa—le dijo aguantando el gesto.

—Un caballo jamás salta una valla cuando está dentro de un cercado. En libertad suele rodear los obstáculos, no saltarlos. Pero con un jinete que lo guía salta increíbles alturas sin pestañear si él se lo manda. Ese mismo poder tiene tu cabeza pensante. Infrutilizada sin la conciencia que la guía. Pero con un vasto poder en cuanto la

gobierna un jinete que alinea su voluntad con su sensibilidad y sus ideas. La mente, en realidad, desea ser montada por una conciencia y servir sin pestañear.

—¿Qué es alinear la voluntad con la...?

—La sensibilidad y las ideas. Significa que al pensar unes lo que quieres con lo que sientes y solo así consigues ponerte en el lugar del otro y compartir. Un acto motivado por el miedo es regalar tu poder al exterior, no llevas las riendas, lo físico te domina. En realidad tu caballo te está diciendo que la mente en sí misma no es disfuncional, es una herramienta maravillosa, hermosa y poderosa, pero mal usada. Si crees que eres ella, se adueña de tu vida. Pero con un jinete se convierte en algo con una sorprendente gracilidad llena de fuerza, un enorme y pesado cuerpo pero leve a la vez, con armonía, gracia y dignidad. Como un caballo: en total equilibrio entre gravedad y levedad, hermoso, te transporta, pero no eres tú. Tú eres el piloto, el jinete, no la nave, no el caballo. Una nave en constante piloto automático se estrella.

Uriel dijo: «Alto» y Nadir se detuvo en seco. Se aproximó a él y quedó en un lateral de su cabeza. El caballo resopló, lo olfateó y rozó sutilmente el hocico a su cuerpo. Uriel puso su mano en el rectilíneo hueso del cráneo, entre los ojos, y acercó su nariz al ollar del animal. Luego con la otra mano acarició su poderoso cuello y su crin dura y caliente.

—Amo su olor y su suavidad. Adoro su barbilla pinchosa —dijo Uriel en voz baja.

Sin soltar el ronزال se encaramó a su cintura poniendo una mano en la cruz y otra en el lomo. Pasó una pierna a través y se enderezó en la montura.

—Me gusta montar sin silla —dijo en voz alta—. Noto como se transmite la información de mis piernas a su cuerpo como una corriente nerviosa. Noto su calor y su respiración y que es uno conmigo.

Uriel entonces, sacudió levemente sus gemelos contra su pecho y Nadir comenzó a caminar despacio.

—Un caballo no obedece por tu destreza al señalarle las órdenes—continuó Cristóbal—, sino por la confianza que os tenéis. Por eso no confían en los jinetes temerosos, protestan y los desmontan

porque no se hacen uno contigo si hay miedo. Porque el jinete es la conciencia y ella confía y disuelve lo formado, no es materia que se resiste con miedo.

Uriel, abrazado al cuello del animal continuaba al paso sobre él.

—Sois la viva imagen de la paz. Ese estado en que la mente genera solo pensamientos positivos, centrados, donde aceptas todo, toleras y comprendes todo y actúas de forma positiva, reconociendo que toda situación puede mejorarse en el futuro.

—¿Dónde me vas a llevar mañana? —preguntó satisfecho.

—Conozco un paraje bastante accesible y próximo que es ideal para pasear hasta el domingo. Mañana andaremos por un valle muy hermoso y al día siguiente iniciaremos una ascensión y recorreremos un pequeño valle de montaña. El tercer día, coronaremos una pequeña cumbre y el domingo descenderemos por otro camino que va a parar al aparcamiento donde habremos dejado el coche el primer día.

—¡Parece interesante! ¿Qué debo preparar?

—Necesitamos comida para los cuatro días, poca, ligera y que se conserve en buen estado. Ropa cómoda para caminar, ropa de lluvia por si acaso y algo para dormir.

—¿Como una tienda de campaña?

—Yo prefiero dormir al raso, sobre una esterilla o en un saco de dormir.

—De acuerdo, no tengo ningún problema.

Uriel llevó a Nadir al box, le puso un cubo de pienso, otro de agua y heno fresco. Guardó la brida y cerró el portón inferior. Mientras, Cristóbal acariciaba a Kosmo.

—Estoy ansioso y muy ilusionado —le dijo Uriel levantando su mano hacia él—. Nos vemos mañana a la misma hora de siempre.

—Un poco antes, sería conveniente madrugar —le contestó apretándosela.

—¿Una hora antes?—preguntó retirando su mano.

—Dos horas antes sería mejor si no tienes inconveniente.

—De acuerdo, voy a prepararlo todo.

Lo acompañó a la puerta y se despidieron con un adiós animoso. Uriel entonces se dirigió al acceso que conectaba con la casa y entró. Jamás dejaba pasar a Kosmo por orden expresa de su padre y este siempre se quedaba expectante en el quicio de la puerta. Pero esta vez le dio permiso, gesto que entusiasmó al animal.

—Pero pórtate bien —le dijo como si lo fuera a comprender.

Primero se dirigió a la cocina. Había una nota de Jimena sobre la mesa que decía: «Su padre está de viaje. Le dejé comida hecha en la nevera. Jimena». ¡Libertad! Los días en que su padre estaba ausente eran como balones de oxígeno frente al ambiente pobre y enrarecido que se respiraba en su presencia. Se calentó el plato de pasta apegada que encontró en la nevera. Kosmo, a su lado, olisqueaba tímidamente y al final le dio las sobras. Subió a su cuarto y preparó durante un buen rato la mochila. Volvió a la cocina y cogió todo lo que encontró: pan de molde, fiambre, latas de atún, mucha bebida y dulces como chocolate, frutos secos y galletas. Dejó una nota escrita en el mismo papel que Jimena había empleado que decía: «Me voy de excursión, no te preocupes, ya volveré. Uriel». Volvió a su cuarto. Se sentó de cara al ordenador pero no lo encendió. Se dedicó un buen rato a centrarse en la respiración y en la sensación de vida dentro de su cuerpo. Kosmo se tumbó a sus pies, al rato, el olor a perro lo distrajo.

—¡Qué buen perro eres, Kosmo!

El animal movió la cola y lo miró con los ojos anegados de amor. Se sintió colmado y feliz.

—¡A dormir, que mañana hay que madrugar!

Entonces se desnudó, puso el despertador y apagó la luz. Kosmo se tumbó a los pies de la cama y Uriel se durmió tocando su pelo suave.

